



Del 23 de julio al 2 de agosto, las hermanas Noemy Mora y Janneth Colindres participamos en la peregrinación a la XXXI Jornada Mundial de la Juventud Cracovia 2016. Lo primero que hicimos fue preparar nuestro interior con los textos, mensajes, orientaciones... sobre la JMJ. Nuestro objetivo era vivir con intensidad este encuentro. Días antes de salir rumbo a Cracovia recibimos el envío del Obispo de la diócesis de Sant Feliu, Mons. Agustín Cortés. Pero, ya mucho antes nos sentíamos enviadas, pues desde que se nos comunicó que íbamos a participar sabíamos que era una responsabilidad y una oportunidad y, sobre todo, una gracia.

Así pues, nos dirigimos a Cracovia saliendo del Seminario Diocesano de Barcelona. Nuestro autocar era el número 6. Desde el primer momento se nos dijo que éste sería nuestra "casa" durante los días que íbamos a compartir juntos en este viaje y, así fue. Aquel pequeño espacio físico no sólo fue nuestra "casa" sino que se fue convirtiendo en un lugar de oración, de conocernos, de compartir experiencias, de dar testimonios de la acción de Dios en nuestras vidas, de celebrar la fe... En poco tiempo todo aquello nos unió más de lo que esperábamos. Somos conscientes que no fue el espacio físico lo que nos unió sino el encuentro con Dios y entre nosotros mismos lo que nos acercaba y rompía distancias.

La primera parada en Polonia fue en el polideportivo de Czestochowa donde nos reunimos todas las diócesis de Cataluña; allí pudimos comer y descansar después de 32 horas de viaje. El siguiente día nuestro autocar se dirigió al campo de concentración de Auschwitz; en aquel lugar sólo cabía el silencio y la oración por el dolor vivido por miles de personas. Aquel mismo día por la tarde nos emocionamos al visitar la tierra del Papa San Juan Pablo II, estuvimos allí, en su querida Wadowice.

En esta JMJ la presencia de María fue realmente grande, una de las más largas caminatas fue la peregrinación al Santuario de la Virgen de Czestochowa. Todos caminábamos con la alegría de saber que quien te espera es la Madre que sufre al lado de sus hijos, no es indiferente al dolor pues Ella también tiene las marcas de la espada en su rostro. María está siempre a nuestro lado y nuestro dolor es el suyo.

Después de estas intensas experiencias aún nos faltaban muchas más, pues esto sólo era el inicio. Pronto nos encontramos con las familias que nos esperaban; es imposible olvidar su cariño y la acogida que nos dieron. Cada detalle y lo mejor que tenían era para nosotros. Abrieron sus casas pero mucho más sus corazones. Polonia para nosotros tenía el rostro de Juan Pablo II, era lo que conocíamos, pero al volver nos trajimos muchos rostros más. Polonia forma parte de nuestra historia y de una experiencia profunda de Dios en nosotros.

Poco a poco se iba acercando el encuentro tan esperado con el Papa Francisco; sin embargo, aún nos faltaba visitar y ganar el jubileo en el Santuario de la Divina Misericordia. Allí, donde Jesús se apareció a Sor Faustina, pudimos experimentar ese abrazo del Padre que hace nueva la vida en el sacramento del perdón.

En el momento de la bienvenida al Papa Francisco, empezaron con fuerza los gritos de alegría de miles de jóvenes, cantos y bailes surgían de manera espontánea. Todo Cracovia se vistió de juventud. El rostro joven de la Iglesia brillaba en su esplendor, nos saludábamos en cualquier idioma y, por supuesto, en polaco. En cada encuentro con el Papa los jóvenes escuchábamos, reflexionábamos y orábamos. Al terminar los actos, se producía una explosión de la alegría. Así pudimos vivir, en el silencio y la oración, el Vía Crucis en el parque de Błonia, la adoración al Santísimo en la vigilia en pleno Campus Misericordiae y la solemne Misa de envío. Aunque el Papa nos animó continuamente, quizás las palabras que mejor resumen su mensaje son las siguientes:

“Amigos, Jesús es el Señor del riesgo, del siempre “más allá”. Jesús no es el Señor del confort, de la seguridad y de la comodidad. Para seguir a Jesús, hay que tener una cuota de valentía, hay que animarse a cambiar el sofá por un par de zapatos que te ayuden a caminar por caminos nunca soñados y menos pensados, por caminos que abran nuevos horizontes, capaces de contagiar alegría, esa alegría que nace del amor de Dios, la alegría que deja en tu corazón cada gesto, cada actitud de misericordia”.

En los encuentros, el acceso al lugar de reunión era bastante complicado pero, a pesar de las dificultades en el camino hasta llegar al lugar esperado, siempre había alegría, oración, paz y serenidad en cada uno de nuestros esfuerzos: triunfaba la vida. Sin quejas ni exigencias, estábamos siempre dispuestos a dar lo mejor de nosotros mismos. El testimonio de unos y de otros nos mantenía unidos y dispuestos a cantar y alegrarnos en cualquier situación, tanto bajo la lluvia como al calor del sol, o cuando tuvimos alguna desorientación en el camino y los kilómetros nunca acababan. El cansancio nunca borró las sonrisas de los jóvenes.

Cuando ya de vuelta a casa nos esperaban las 32 horas de regreso, empezaron nuevamente los corazones a abrirse para compartir experiencias personales vividas en la Jornada Mundial. Impresionaba como cada uno, desde su realidad, desde su yo más profundo sabía compartir lo que fue viviendo. Aquellos días formamos una Iglesia peregrina que ora por las calles, por la carretera y en cualquier lugar: siempre había el rosario en las manos de uno o de otro, los cantos, un testimonio, el rezo de laudes y vísperas, la Eucaristía.

Agradecemos esta experiencia que hemos podido vivir a la vez que pedimos al Señor nos conceda dar los frutos que Él espera de nosotras. Hemos vivido muchos momentos intensos que dejan el corazón lleno y contento. Muchos momentos de Bienaventuranzas y de recordar el lema de la jornada: ***“Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia”.***

